

El espectáculo á que asistimos no es el sombrío y desolador espectáculo de la muerte, es la ceremonia augusta é imponente en que la razón humana consagra su inmortalidad."

"No venimos á cubrir con el polvo del sepulcro, con ese sudario de olvido, los restos de un hombre que fué; venimos á proclamar su nombre, á glorificar con nuestro sentimiento la memoria del sabio y del apóstol, á dirigir la última palabra á una vida que se consumió en el culto de la humanidad, y la primera evocación á una sombra querida, que seguirá enseñando el bien en la esfera misteriosa del recuerdo."

Después se lee:

"Nadie, Señores, ha encarnado entre nosotros, como el hombre que hoy baja á la tumba, esos ideales redentores, que el pensamiento humano concibe como el fin único de su destino glorioso: el bien y la ciencia. Y nadie, como él, ha podido armonizar en una vida, esa doble aspiración del alma, impregnando todos sus actos con la luz vivísima de la inteligencia y el dulce calor del sentimiento."

"Hombre apenas, abrazó con entusiasmo ardiente esa carrera de abnegación y sacrificios, en que se hace abstracción del bien propio, de la paz, de la fortuna, de la vida misma, para luchar, en angustia perpetua, contra las influencias deletereas, que azotan sin piedad la vida humana. Se hizo médico: el médico de los pobres y de los desvalidos, á quienes prodigó con caridad sin ejemplo, no sólo los

tesoros de su inteligencia, los frutos de sus vigilias de sabio; sino los consuelos de su corazón, primicias valiosas de sus meditaciones de filósofo."

"Poco á poco, partiendo su vida entre la caridad y la enseñanza, entre el lecho de muerte del infeliz y el banco sórdido de pobrísima escuela, estudiando siempre, trabajando sin tregua, sacrificando á cada instante su vida, y sin preocuparse del nombre ó la fortuna, se puso en íntimo contacto con todos los elementos sociales: estudió sus infortunios, dividió sus amarguras, compartió sus placeres y sus esperanzas, se identificó con su suerte, y vino un día en que era, por el amor común, por la gratitud infinita de todos, *el padre de su pueblo.*"

"La juventud le debía un plantel de instrucción, en que la pobreza no era obstáculo para recibir, con la educación científica, el pan de la alma. Los pobres le debían un asilo de salud, donde se prodigaban á sus dolencias cuidados asiduos. El Estado le debía escuelas superiores, en que se formaban para el bien general hábiles maestros. La sociedad, las masas como familia, le eran deudoras de todas las fuentes de su civilización, de su bienestar y su progreso."

Y reasumiendo lo asentado en la confirmación, hay este trozo:

"Ha muerto; pero deja á los que viven su herencia de gloria. Tras del hombre se alza la memoria, personalidad intangible y misteriosa que, por privilegio concedido á las almas grandes, vivirá entre nosotros, confortando

nuestras debilidades con el recuerdo de su fé, y recibiendo de la gratitud, del amor incondicional de un pueblo, que le llamó padre, el culto que se debe á su abnegación, á su saber, á todas sus grandes virtudes.”

Opiniones tan respetables de personas, que ocupan lugares prominentes en las letras de Nuevo-León, y dichas ante un cadáver, augusto tribunal donde la verdad brilla con toda la nitidez que le da la justicia, que ha sido pregonada por la aclamación unánime de jóvenes y de ancianos, de hombres de todas las clases sociales; opiniones tan respetables, repito, vienen á confirmar el concepto, que he emitido acerca del Dr. González en las referencias de los diversos actos de su interesante vida. No han sido, pues, mis calificaciones de las cualidades del maestro, sino el eco de una opinión no solamente concebida, sino, por decirlo así, sentida por todos los contemporáneos. Hay acciones para las cuales tiene mejor criterio el corazón, que la inteligencia; y es que, aunque lo bello es calificado por el talento, lo bueno y lo sublime no pueden serlo sino por esa facultad del alma con que es sentida la virtud, y cuyos juicios se expresan con la emoción: la palabra es hielo en esas ocasiones.

Reproducir trozos de mi alocución sería tanto como calificarlos favorablemente yo mismo; permítaseme, por lo tanto, insertarla ín-

tegra, aunque le falte novedad, calor y sentimiento. Ella es, no obstante, el tributo del discípulo al maestro en bellas letras. En sus líneas encerré lágrimas, que ojalá no se evaporasen, para que fuesen el apropiado signo de una gratitud inefable y eterna.

La alocución es como sigue:

SEÑORES:—Del hombre, que en vida vió su apoteosis, no puede, no debe decirse que ha muerto, cuando su espíritu ha abandonado nuestro suelo. El no ha muerto; porque aquella glorificación, reflejada en sus mismos ojos, le hizo ver su porvenir, como enclavado en su presente; le mostró que, en el mañana de su vida, se alzaría el magnífico sol de su recuerdo limpio, esplendente, en el cielo que la gratitud de todo un pueblo ha extendido para colocar, en forma de astros, las benditas memorias de sus benefactores.

Y cábeme en verdad el noble orgullo de decirlo, y de decirlo en nombre del Ilustre Colegio de Abogados y de la Escuela de Jurisprudencia, porque, ¡cuántos de los que pertenecemos á tan respetables asociaciones, fuimos en nuestros primeros pasos en la instrucción secundaria, los menesterosos del pan de las letras; y el Gonzalitos del pueblo, el Gonzalitos, Mentor de la juventud, el abnegado médico así del cuerpo como del alma, presentó á nuestros espíritus el alimento intelectual, mostrándonos los amplios horizontes de la idea!

Yo, pues, aquí no puedo personificar sino la gratitud, y no tanto por el desinteresado

afecto con que él me puso en la senda de las bellas letras, cuanto porque, como cada uno de mis ilustrados compañeros, agradezco el nobilísimo afán, el constante desinterés, el incansable celo, que fueron su guía para socorrer al desvalido, para aliviar la desventura ajena, y para poner á la juventud en el camino del bien y del saber.

Explicación legítima tiene por lo tanto aquel conjunto espontáneo como maravilloso, que la ancianidad y la niñez formaron, cuando, personificando el corazón de Nuevo-León, presentaron al venerable anciano, entre los hossanas de la Iglesia y el clamoreo de las multitudes, el alma pláceme porque la luz había vuelto á sus cansadas pupilas. La ancianidad concurría testificando la justicia de aquellas aclamaciones y vatía sus convulsas manos, haciendo eco al himno que la cándida niñez entonaba, representando al porvenir. Aquella ovación era el gratulatorio apretón de manos, que se daban el pasado y el futuro del hombre más querido entre nosotros, del más respetado entre nosotros, y entre nosotros el más caritativo y el más snbio y el más digno de que se le consagre una estatua, cuyo pedestal sea la gratitud y cuya corona sea el indeleble recuerdo de la posteridad.

Ah Señores! quien no sabe que el Sr. Dr. José Eleuterio González enjugó muchas lágrimas, endulzó intensas amarguras, calmó muchísimos dolores, comenzando por ser el médico moral de sí mismo y dando ejemplos que, sólo Sócrates, al haber sido su contemporáneo,

hubiera podido emular; ejemplos que únicamente pueden ser presentados por un espíritu vigoroso, encarnado en un corazón estóico, y en fuerza de pertenecerse á sí mismo, en fuerza de vencer absolutamente las pasiones al poderoso hálito de una encumbrada filosofía!

Y á fé que sus discípulos podemos decir: que si con su palabra enseñaba, persuadía con su ejemplo. No supo odiar, y fué benévolo, probo, indulgente, caritativo, insinuante, sincero, caballeroso, leal, íntegro, justo, agradecido, confiado con la inocencia de la paloma, naturalísimo al hablar, de maneras sencillas, modesto, parco, laborioso, incansable y exacto: hé aquí sus virtudes privadas. Y esas virtudes, unidas á una estupenda memoria, á una asombrosa y variadísima erudición y á un talento poderoso y á un criterio seguro, formaban al hombre de quien venimos á separarnos, de quien venimos á despedirnos, poniendo una loza entre su venerable faz y nuestros ojos...!

Adiós.....! ¿Y por qué despedirnos? ¿Acaso el hombre, á quien vieron derramar el bien cuatro generaciones, puede estar separado de nosotros? ¿No muestran su efigie hasta los más lejanos de nuestros pueblos, pregonando que fué el Benemérito de Nuevo-León? ¿No llevamos su nobilísima imagen estampada en nuestros corazones? ¿Y no sienten nuestros espíritus el aliento de sus palabras, el benéfico calor de su ejemplo y el imborrable recuerdo de sus virtudes? Allí..... puede estar la materia; allí, con un velo de polvo, podemos ocultarlo á nuestras miradas; pero aquí, en el

sancta sanctorum de nuestra alma, queda el Gonzalitos con vida, con todo el esplendor de su naturaleza vigorosa y privilegiada: con aquella energía indomable, con que brazo á brazo disputaba á la muerte la vida de algún desamparado; con aquella esplendidéz de raciocinio, y aquella firmeza en el obrar, practicando lo benéfico, de que no puede presentarse modelo, sino á él mismo.

Yo de joven me atreví á descorrer el velo de su vida: escribí algo; pero, Señores, entonces no podía, como hoy, debido á confianzas en las largas noches de su enfermedad, apreciar en conjunto los actos de tan grande hombre. Fué la personificación de la virtud en las diversas condiciones en que lo colocó el destino. Aun en los postrimeros días de su vida, cuando las dolencias físicas podían conturbar á su varonil espíritu, donaba á Monterrey un fundo para una escuela pública, y rendía homenaje á beneficios, que había recibido en los primeros pasos en la práctica de su profesión, á beneficios cuyo recuerdo, tras de cincuenta años, sin lastimar una conciencia que no fuera la de él, pudo haberse sepultado en las espesas sombras del olvido. ¡Ah, Señores, si el modestísimo Dr. González aparece grande para quienes lo han conocido al eco de la aclamación público; lo es mucho más, para quien en la intimidad ha sabido cien y cien de sus acciones, que hoy se hallan en el secreto, pero que ya mañana pertenecerán á su biografía!

Envanézcome de haber sido su discípulo,

porque ahora, poniendo de testigo su cadáver, puedo deciros: Oh vosotros! que venís, trayendo gemidos en el corazón y en los ojos llanto, á rendir el último tributo, que dicta el cariño, á los despojos de quien casi venerastéis en vida; ¿sóis ancianos?, pues recordadnos siempre la benevolencia, la cordura, la majestad modesta, la abnegación y el desinterés del Maestro González para dirigir á la juventud y para amparar al desvalido. ¿Sóis profesionistas? pues imitad el infatigable afán, la sed insaciable de saber, que día á día, noche á noche y momento á momento, mostraba el egregio sabio convencido de que, como dijo Hipócrates, la vida es breve y el arte es largo, y convencido de que cada idea nueva, que se asimila el espíritu, debe ser un elemento más para buscar y para hacer el bien, y mirad siempre, como aquel gran filántropo, que el profesorado es un sacerdocio, es un encargo que la sociedad confía y que deben desempeñar en unión íntima la inteligencia y la virtud, la laboriosidad y la honradez!

Y vosotros, los jóvenes, que traéis, además de vuestras lágrimas, las recogidas de seres queridos en el hogar doméstico, sabed: que la justicia preside en este solemne acto; que si Monterrey, sus diversas asociaciones literarias, políticas y mutualistas y el mismo Estado muestran aquí su condolencia, es porque ha sido un duelo público la terminación de la vida terrestre del Dr. José Eleuterio González. Joven y huérfano, sin apoyo ninguno, vino á nuestro suelo; aquí estudió sólo y se hizo sa-

bio; aquí practicó el bien y se hizo respetado y querido; aquí amplió los horizontes de la enseñanza secundaria y nacieron las bellas letras y la Escuela de Medicina; aquí enseñó á practicar la caridad pública y se levantó el Hospital civil; fué del Colegio civil el sostén en la adversidad; la luz de su inteligencia alumbró nuestro pasado y nació nuestra historia; estudió nuestros jardines, nuestros rios, nuestros bosques, nuestro suelo, el organismo y las dolencias del hombre y de su pluma brotaron obras, que han concurrido á proclamarlo inmortal. Ved, jóvenes, ese noble ejemplo: mirad la bellísima figura del hombre que, en una sociedad extraña, pudo por sí mismo elevarse á gobernante y ver, simple particular, con sus propios ojos su apoteosis.

Maestro querido! Si alguna vez tus discípulos sentimos cansancio en nuestros trabajos, probamos desgarradoras decepciones; vengan á nuestro recuerdo tu laboriosidad y tu grandeza de alma; aliéntenos tu espíritu para vencer con dignidad las turbulencias de la vida y las escabrosidades de la ciencia!

Un paso nos llevas delante.....¡Adios!

El Sr. Dr. Garza Cantú concluye su sentida crónica con el siguiente tiernísimo cuadro, afectuoso arranque de un corazón profundamente conmovido.

“Una vez tributados todos estos honores, al que había dejado de ser y que tantos bienes hizo, homenajes los más justos que pueden

rendirse á mortal alguno, nos retiramos de aquel lugar bendito y consagrado por la memoria de un gran hombre y la gratitud de un pueblo; nos separamos de allí con lágrimas en los ojos, con el corazón desgarrado por el dolor.....pero al mismo tiempo sentimos en lo más profundo del alma, santa resignación á los decretos del Altísimo y algo como un dulce y melancólico consuelo de haber contemplado la deificación de la virtud y del saber representados en nuestro antiguo maestro!”

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, los profesores y alumnos de la Escuela de Medicina depositaron los restos del maestro en el sepulcro, que se le había preparado en la pared norte del Hospital. Allí, que fué el teatro más conocido de sus acciones; allí, donde sus labios derramaron torrentes de doctrina, y en donde logró preparar amparo á los menesterosos; allí, era donde deberían reposar sus augustos despojos.....No arderá en su tumba constantemente una lámpara, como se refiere que sucede en el sepulcro de Rosseau; pero velará el ángel de la gratitud recordando: “no se perderá su memoria y su nombre será repetido de generación en generación.”

Han pasado días desde aquellos instantes conmovedores. La infausta noticia se propagó por toda la República, y los periódicos más ilustrados dieron á luz brillantes artículos en que lamentaban la irreparable pérdida, no sólo para Nuevo-León, al que presentaban jus-

to pésame, sino para México, que veía desaparecer á uno de sus sabios más notables.

Hijos del Estado, y aprovechados discípulos de Gonzalitos, que no pudieron concurrir al duelo, iniciaron en Monclova, Lampazos y Sierra Mojada suscripciones para la erección de un monumento á la memoria del insigne filántropo. A la vez el progresista Ayuntamiento de Monterrey ha tomado la iniciativa en ese respecto, y no tardará mucho el día, en que veamos, quizá en la Plaza del Colegio civil, la estatua de quien fué en aciagos días el sostén de aquel Instituto, habiendo sido su amado y desprendido Director durante catorce años.

Nuestra imaginación se adelanta al porvenir y parécenos ver destacarse la simpática y modesta figura de Gonzalitos, asentada en un suntuoso pedestal de mármol de nuestra sierra: al pié, y en su derredor, la medicina, la historia, las bellas letras y la filantropía, presentándole coronas, siendo á la vez en sí misma la estatua la alegoría del cariño del pueblo hácia él, representada por un niño guiando con la diestra al ilustre ciego, y mostrando con la izquierda el Colegio civil. Debemos honrar en muerte á quien tanto nos honró en vida. ¡Y ese monumento será el inequívoco y duradero signo de cuanto sabe agradecer un pueblo, á la vez que el símbolo del culto, que rinde á quien fué su timbre de gloria por su saber y por sus virtudes!

XIV.

Epílogo.

HE concluido. Siento flaquear la mano al escribir las últimas líneas; pues me parece como que el corazón dicta á los labios un adiós, que es preciso proferir, aunque sienta anudada la garganta. Realmente creo que hoy comienza mi separación del venerable maestro; creo que, hoy por última vez, nos estrechamos las manos aquí en la tierra; ya que no volverán las silenciosas horas, en que, refiriendo actos de su vida, he creído platicar con él en confidencias íntimas, pidiéndole aquel firme criterio con que calificaba las acciones; aquel espíritu observador con que escudriñaba los arcanos del corazón y aquella prudencia justiciera y mesurada para separar lo bueno de las pasiones y seguir el medio en que, según la escuela pitagórica, se halla la virtud.....¿He podido presentarlo en toda su grandeza? ¿He podido seguir paso á paso al desvalido huérfano de Guadalajara, al simple pasante de medicina, desde el banco de exigua cátedra, desde la pobre choza del desvalido, hasta cuando por la aclamación y la gratitud públicas, fué colocado en el pináculo de la gloria, haciéndole ver su apoteosis? Lo he intentado, y si realizarlo no he podido, per-